

Una Criatura Demasiado Humana

por *Sebastián Salazar Bondy*

Las emocionantes páginas del diario de Ana Frank, la niña judía que permaneciera escondida en un attillo de Amsterdam, juntamente con sus padres y otros compatriotas, desde 1942 hasta 1944, ha dado en el papel impreso y en la escena la vuelta al mundo. No se trata de una pieza literaria monumental. Por el contrario, es apenas el testimonio de un ser puro sobre ese mundo de locura, terror y muerte que instaurara el nazismo y cuya fuente profunda, sin duda, debe buscarse más en la quiebra de los valores humanos que caracteriza este siglo que en el propósito conquistador del partido germano. El diario de la pequeña judía alemana es una confidencia solitaria, la queda confesión de un alma inocente en medio de un universo culpable. Pertenece, si hay que inscribirlo en algún género, a esa clase de documentos que son, de hecho, la síntesis de un clamor que la vociferación y el estruendo pasionales no dejan escuchar hasta que la marea fanática no se ha aplacado. Nadie vaya hacia este librito —hacia este drama que el tablado revive ahora en Lima por esfuerzo de la A.A.A.— en pos del esplendor poético, de la inteligencia desmenuzadora, del artificio literario, pues la voz de Ana Frank, viviente a pesar de su silenciamiento en el campo de Belsen, es como la de la naturaleza.

Este tiempo ha sido proficuo en una clase de literatura muy particular: la literatura de los testigos. Georgiu en "La hora veinticinco", Malaparte en "Kaput", Valtin en "La noche quedó atrás", Rousset en "El universo concentracionario", a más de las varias recopilaciones de cartas de prisioneros y condenados a muerte, de memorias

personales y confesiones íntimas, son parte de este inmenso auto de acusación contra el frenesi carcelario de la época, contra el imperio de la fuerza destructora, contra la guerra y sus horribles consecuencias. En todos los casos aludidos, sin embargo, el alma que se expresa y la mano que escribe pertenecen a seres establecidos en el mundo, conscientes de las flaquezas de la humanidad, com-



prometidos en parte con el desastre. La situación de Ana Frank es diferente: su personalidad angelical es arrastrada al caos, al miedo, a la muerte —que ella ve venir en todo instante— sin que nada en su espíritu haya sido adecuado previamente para un trance semejante. "Nosotros somos jóvenes... Ustedes los mayores ya han tenido su oportunidad. Pero, ¿y nosotros?... Seguimos tratando de aferrarnos a algún ideal, cuando todo, ideales, esperanzas, todo, está siendo destruido. No es culpa nuestra si el mundo está trastornado. Nosotros no andábamos por aquí cuando comenzó el lío", di-

ce en un momento de exasperación, en un momento agónico

En las cuatro paredes del attillo, entre la incompreensión de su madre, las mezquindades de los Van Daam, las manías de Dussel, la insignificancia de su hermana y la acomplejada timidez de Peter, Ana descubre el espíritu en su impetuoso rebeldía y en su ansia invencible de amor y libertad. Sólo su padre procura ayudarla, gracias a una inteligencia firme y abierta. El diario que dejara abandonado en el desván de Amsterdam no sólo, por ello, es un alegato contra la turbiedad del siglo sino también contra el encallecimiento de la sensibilidad adulta y su sometimiento a las pequeñeces indignas. Es la razón de la niñez. Ana tiene altos designios, no porque se dirija a la conquista de valores supremos, sino porque aspira a la naturalidad, a la sencillez, a la vida sin cadenas materiales ni morales. Esta criatura admirable, por cuyo porvenir, si la muerte no la hubiera segado, se preguntaba Daniel Rops, no podía tener porvenir. Era demasiado humana. "A pesar de todo —escribió— aun sigo creyendo que la gente es verdaderamente buena en el fondo del corazón".

No, Ana Frank, la gente no es buena, pero hay que hacerla buena. Si lo fuera, tu infancia no habría tenido raza, ni nacionalidad, ni encierros, ni terrores, ni hambres, ni muerte. Te debemos, los hombres de todo el orbe la lección de tu amor sin límites, de tu sentido de la libertad, de tu sacrificio injusto y, sin embargo, maravilloso. Tal vez tu palabra contribuya a hacernos generosos y puros, buenos en el fondo del corazón, porque son los héroes y los santos como tú quienes pueden realizar los grandes milagros.